



Segundo Domingo del Tiempo Pascual

OCTAVA DE PASCUA

Domingo de la Divina Misericordia

NOTAS EXEGÉTICAS

Hch 4,32-35

Este corto texto de los Hechos de los Apóstoles es una especie de instantánea, un retrato de la primitiva comunidad cristiana. Lucas en sus escritos hace varias veces descripciones acerca de la comunidad.

El dato central es **«la vida de la comunidad»** un tanto idealizada, porque también es sabido que en el seno de la comunidad hay divisiones, controversias teológicas y debates que buscan aclarar lo propio cristiano diferenciador del judaísmo. En distintas narraciones de los Hechos de los Apóstoles se evidencia: 1) Que **en los creyentes hay una vocación a la vida en común** y esta se expresa en la celebración de la fracción del pan, la oración y la caridad de modo que ninguno pasara necesidad. 2) Que **hay una organización claramente jerárquica en la comunidad** en la que tiene lugar destacado el ministerio apostólico consistente en dar testimonio de la resurrección del Señor Jesús.

Salmo 117, 2-4.16ab - 18.22-24

El salmo 117 forma parte de la colección de salmos de alabanza, cantados por el pueblo en las grandes solemnidades y en los que se exalta la obra poderosa de Dios, especialmente en la lucha contra los enemigos.

Para el salmista es importante no solo cantar las acciones del Señor, sino hacer conciencia de que el Dios de Israel es grande y que su misericordia no tiene medida.

El tríptico constituido por la casa de Israel, la casa de Aarón y los fieles del Señor indica que «todo el pueblo» sin exclusión, debe recordar permanentemente las obras del Señor, cantar su obra y reconocer la prevalencia eterna de su misericordia.



1 Jn 5,1-6

Que una carta tan breve como esta, en apenas 87 versículos distribuidos en 5 capítulos, utilice el sustantivo **amor** 17 veces y en 16 ocasiones use distintas inflexiones del verbo amar, indica la centralidad que el autor de la carta da al amor en la vida de los que creen en Cristo, esto es, en los bautizados. **La vida resucitada es una vida diferente, es un modo de ser, un estilo** que se articula en el cumplimiento de la nueva ley de Cristo.

El autor de las dos cartas, recordemos, se dirige a comunidades tentadas por el gnosticismo en cuyo planteamiento se niega la humanidad de Cristo y se le concede solo el status de criatura divina, a su vez la vida cristiana es tenida como una gnosis, un conocimiento para iniciados. Las cartas son, por ello, una permanente insistencia en la vida cristiana, como un **nuevo nacimiento** (nacimiento en Dios) y la **expresión de la fe en las obras del amor** (si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos).

Jn 20, 19-31

El capítulo 19 del Evangelio de San Juan cierra así la narración de la pasión y muerte de Jesús: «*En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado. Allí, pues, porque era el día de la Preparación de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.*» El capítulo 20 rompe el escenario de oscuridad y muerte, el centro de la narración es como un canto inagotable «**Está vivo**» y la alegría pascual, la nota predominante.

Se inicia con la visita de María Magdalena en la madrugada del primer día de la semana al sepulcro, el hallazgo de la piedra quitada y el sepulcro vacío (v. 1). Más adelante en los versículos 14 y siguientes **María Magdalena es la primera testigo de la resurrección y la primera en ir a contar la buena noticia** de la resurrección a los discípulos. Los versos 19 al 31 refieren dos apariciones del resucitado a los discípulos con una diferencia de ocho días: meth hemeras okto – literalmente «después de ocho días».

La fe en Jesucristo, muerto y resucitado **nace en cada persona de manera distinta**: Pedro y el discípulo amado creen al ver el sepulcro vacío y el sudario por el suelo, María Magdalena cuando Jesús pronuncia su nombre, Tomás exige tocar las llagas.

La donación del Espíritu Santo, mucho más que un soplo, es la narración del pentecostés joánico señalado como el respiro del resucitado dentro de la comunidad de los discípulos (enephusesen), «respiró dentro de ellos Espíritu». Necesario acto para continuar la obra iniciada de la salvación: «A quienes les perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedan retenidos.»



PISTAS HOMILÉTICAS

- El misterio pascual no puede comprenderse sino desde la contemplación de la misericordia de Dios Padre por la humanidad, en cuya salvación envió a su Hijo unigénito al mundo. La misericordia cantada por el salmista es mucho más que el aliento protector de Dios sobre el pueblo, es el dolor de sus entrañas ante la necesidad humana. San Mateo ilustra bellamente esa forma de sentir Jesús que, en palabras del papa Francisco, es «el rostro misericordioso del Padre». Cuenta el evangelista que «Al ver a la multitud que lo estaba esperando a la otra orilla del lago, a Jesús se le removieron las entrañas y se puso a curar a las personas enfermas.» (14,14). Sin esa comprensión del sentir del corazón de Dios, la pascua nos pasa vacía, huera y sin trascendencia a la vida.
- En este domingo, la Iglesia nos regala dos narraciones de apariciones pascuales con ocho días de diferencia. Estas apariciones presentan al Resucitado en la tarea de afirmar la fe de sus discípulos, confortarlos en sus miedos, ofrecerles la paz, respirar entre ellos el Espíritu Santo, pero también enviándolos como misioneros de su misericordia: «a quienes les perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedan retenidos.» (20,22).
- La especial mención a la ausencia de Tomás y su reclamo de ir mucho más allá de un anuncio de oídas, hasta corroborar de vista y con el tacto la realidad resucitada de Jesucristo, indica que la fe no nace en todas las personas de la misma manera y que son necesarios los procesos pedagógicos del Espíritu para llegar al punto fundante de una verdadera adhesión a la persona de Jesucristo, el contacto con el signo por antonomasia de la misericordia: el corazón traspasado del Señor. Solo en esa experiencia se puede asegurar la fe auténtica que lleve a exclamar «¡Señor mío y Dios mío!».
- De la misma manera, es en esa experiencia de «misericordiosos», en donde se funda la fuerza de la vida de la comunidad, en la que nadie debe pasar necesidad y en donde se nutre la perenne misión de la Iglesia, llevar a todos el alegre anuncio, la gozosa realidad del Amor misericordioso de Dios, «para que —como dice san Juan— crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre».
- La Eucaristía actualiza en la comunidad la entrega misericordiosa de Cristo por todos y cada uno. Experimentar la acción salvífica de la misericordia divina nos conduzca a vivir amando a Dios y al prójimo a ejemplo de Cristo.
- San Juan Pablo II, dedicó este segundo domingo de pascua, a la Divina Misericordia con ocasión de la canonización de sor María Faustina Kowalska, el 30 de abril de 2000. La santa dejó escrita en su diario la visión del Señor y aquella frase referida a los dos rayos, el rojo y el pálido salidos de su túnica a la altura del corazón: «Los rayos de luz de la imagen representan la sangre y el agua que brotaron de lo íntimo de mi misericordia cuando, en la cruz, mi corazón fue abierto con la lanza.»



SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada.

El amor de Cristo trasciende nuestra comprensión y llega a encontrarse con nosotros en nuestra incredulidad. Hoy el Resucitado nos llena una vez más de alegría transformando nuestra existencia. La misericordia de Cristo resucitado se manifieste en nuestra celebración y comulgando su cuerpo y su sangre nos llene de su nueva vida.

Monición a la Palabra

Celebrando la Pascua de Cristo escuchemos cómo para llegar al conocimiento de Dios es necesario más que sólo saber sobre Dios o su ley. La misericordia divina se manifiesta en la experiencia personal de renuncia al hombre viejo para percibir la vida de resurrección de Cristo en la comunidad, sirviendo y amando a los hermanos. Escuchemos atentos.

Oración de fieles

Presidente Confiadamente elevemos nuestras súplicas al Padre de la Misericordia, de modo que su amor venga a nosotros con toda la fuerza del Espíritu Santo.

R/. Padre misericordioso, óyenos.

1. Por la Iglesia universal, para que el Señor conceda al papa Francisco y a todos los pastores la sabiduría asistente de su trono y puedan guiar a la Iglesia por el camino de la misericordia divina. Roguemos al Señor.
2. Por nuestra iglesia particular de Bogotá, para que la misericordia divina conceda nuevo ritmo a nuestros corazones, de modo que todas las acciones evangelizadoras sean respuesta del amor palpitante de Cristo resucitado. Roguemos al Señor.
3. Por nuestra(o) ciudad (*municipio*), para que como sociedad encontremos caminos de fraternidad hacia una convivencia justa, segura y en paz; movidos por la caridad de Cristo resucitado. Roguemos al Señor.
4. Por nuestra comunidad (*parroquial*), para que viviendo el gozo de la Pascua podamos experimentar la salvación de Cristo resucitado viviendo la unidad en el servicio a los más necesitados. Roguemos al Señor.

Presidente Acoge, Padre, nuestras súplicas y concédenos vivir la alegría pascual con una vida transformada por tu misericordia. Por Jesucristo nuestro Señor.

R/. Amén.